

**LEIZAOLA, RICARDO. (2000). *Tío VENENO. CRÓNICA DE UN CURIOSO DE EL PEDREGAL*. CARACAS: MONTE ÁVILA LATINOAMERICANA / FUNDACIÓN CULTURAL CHACAO.**

Reseñado por Daniel Abreu L.  
Universidad Central de Venezuela  
danielabreul@yahoo.com

En esta obra el lector encontrará la autobiografía, rendida en forma oral, de Benito Reyes, un popular curandero del barrio El Pedregal, en el municipio Chacao, nacido en 1917. El título, *Tío Veneno*, se origina en una anécdota de la infancia de Benito:

A mí me buscaban pleito para que me pusiera bravo. Yo y que era muy rebelde. Yo no era rebelde pero me molestaba que me pusieran nombre. Y todo el mundo, hasta mis hermanos, me buscaban la lengua para oírme bravo. Ahí fue que me pusieron el nombre de Veneno. Y Veneno por aquí y Veneno por allá (p. 29).

Como explica el antropólogo venezolano Ricardo Leizaola, padre del proyecto, el texto definitivo de la autobiografía es el producto de una dura labor: alrededor de sesenta horas en entrevistas a Tío Veneno, realizadas durante poco más de un año; siete meses de la transcripción rigurosamente fiel de sus palabras, procurando que la letra impresa reflejara el gusto de su léxico, los caprichos de su sintaxis y sus digresiones; y finalmente, puesto que en sesenta horas una persona locuaz puede llenar sin dificultad setecientas u ochocientas páginas, una selección de las anécdotas y comentarios más interesantes que el viejo curandero ha extraído de su memoria.

Con el propósito de ilustrar el pasado rural y la transformación de la comunidad de El Pedregal y del municipio Chacao -afirma Leizaola, dándonos una pista sobre los criterios que rigieron la selección- se realizó la historia de la vida de Benito Reyes Blanco [...]. Pero esta no es la historia sino su memoria. Éstos son recuerdos de la transformación de un hombre y de su entorno, y de la formación de la comunidad de El Pedregal” (p. XVI). Y al respecto añade: “Más que la verificación de la autenticidad de los relatos, nos mueve el deseo de exponer las estrategias narrativas que organizan y dan sentido a la experiencia personal del pasado. Aun siendo individual, la memoria no deja de ser una construcción cultural, es decir, compartida (p. XVII).

En efecto, no le hace falta al lector internarse en la profundidad del relato para comprender que, en la mentalidad de Benito Reyes, la existencia individual sólo tiene sentido en relación con la colectividad: el individuo no es una estructura autonómica e irrepensible, sino un componente, una parte del todo, en el mismo sentido en que una teja forma parte de un tejado. Más aún: es, respecto a su comunidad, con el permiso de Lotman (1979: 46), homeomorfo, lo cual quiere decir que su persona es como una repetición en miniatura de la memoria, los valores, los temores, complejos y esperanzas de su grupo social; podría decirse que es como un pedazo de un espejo quebrado: por sí mismo sigue poseyendo las mismas cualidades y características que el espejo completo, pero en tamaño reducido.

Y de esa manera, dentro de esa concepción homeomorfa de la relación entre individuo y cultura, es como se desenvuelve el relato de la vida de Benito Reyes. Prácticamente no hay espacio para los sentimientos e impresiones personales, para las reinterpretaciones individuales de la herencia colectiva, para los pensamientos solitarios.

La realidad suprema es la del mundo físico, la de los objetos exteriores a los cuales la cultura ha asignado su respectivo nombre y modo de uso: el maíz pilado para las arepas del desayuno, el piso de tierra de la casa, al que constantemente hay que fregar con creolina a causa de las terribles niguas; los escapularios de la Virgen del Carmen, la escardilla, la máquina de coser Singer y su arte de curioso, de curandero, que tampoco es un destello de genio individual, sino que lo heredó de su tío Juan Blanco, así como las oraciones de que se vale para ejercerlo.

También puede ser descrito en los términos de una cultura de tipo homeomorfa otro de los rasgos característicos de este relato: la extraordinaria libertad con la que el narrador se mueve en el plano temporal. O en palabras de Tío Veneno: “Uno se pone a pensar y a buscar en la memoria de antes y es muy difícil hacer un relato directo de todo lo que sucedió en tiempos pasados” (p. 32).

No se piense que esa libertad a la que nos referimos es simple consecuencia de una memoria confundida, agotada por la avanzada edad; mucho menos se debe a una picardía, a una maña narrativa intencional pero bien disimulada por parte de Benito; tampoco se percibe en esta parte del texto ninguna intervención de Leizaola, quien se limitó a dividir el texto originario, producto de las entrevistas, en capítulos ordenados cronológicamente y éstos a su vez en

subcapítulos titulados de acuerdo al tema que se tocara en cada uno de ellos. Lo que sucede es que para una mentalidad homeomorfa, como la de Benito Reyes, la estructura del tiempo no es lineal, lógica, sintáctica, sino que más bien semeja una esfera. Y por tanto la relación entre los elementos que están dentro de ella, es decir, entre los distintos sucesos del pasado, no es de tipo progresivo, ni necesariamente de mutua implicación.

En la mente de Tío Veneno los recuerdos se ordenan paradigmáticamente, esto es: no según su contenido específico y su relación lógica, sino en tanto constituyentes homeomórficos de una unidad superior que a todos los engloba: la persona cultural de Benito Reyes. En otras palabras: los recuerdos de Tío Veneno no son, digámoslo así, los eslabones que, lógicamente concatenados, formarían la cadena de su vida: nacimiento, infancia, adultez, vejez, muerte; sino que cada recuerdo es un reflejo de la totalidad de la persona de Benito Reyes; él es todos y cada uno sus recuerdos, sin importar a qué etapa de su vida pertenezcan.

Esto lo percibimos claramente a lo largo de todo el texto. Lo que nos ofrece la voz de Tío Veneno no es, como suelen ser las autobiografías, una explicación reflexionada, bien masticada y coherente, de una vida particular; no es un relato contado de atrás hacia delante o contado desde el final, desde ese *después* en el cual el sujeto autobiográfico es conciente no sólo de los hechos de su narración, sino sobre todo de sí mismo como hilador de la narración, como responsable del sentido de su relato.

No: para Tío Veneno la memoria es como una constelación: alrededor de la voz narrativa, que funge de núcleo, se coloca, relativo, descentrado, una especie de variedad de recuerdos acerca de su hermano, de su madre o su hogar con piso de tierra.

Para él contar no significa explicar, sino, en el sentido que da al verbo la sicología arquetipal, constelar: implica representar un contenido psíquico cuya esencia ha devenido absolutamente formal, es decir, autotélica, fuera de todo movimiento: ya sea el del tiempo o el del logos, el del encadenamiento de todos los significantes.

Y en ese radical formalismo se encuentra la razón de que, a ratos, la lectura de la vida de Tío Veneno nos resulte un tanto pesada, fatigosa. Puesto que cada recuerdo suele ser, psicológicamente hablando, un contenido completo y cerrado en sí mismo, nuestro

camino a través de la memoria del curandero nos da la sensación de un eterno concluir y recomenzar, un incesante y monótono oleaje de nombres, lugares y anécdotas que agota la mente del lector.

Y si, persistiendo en la lectura, nos damos cuenta de que hemos superado la sección que corresponde al período de la infancia para entrar en la que se refiere al de la adolescencia, eso se lo debemos solamente a la diagramación, a la aparición repentina de un número en romano y un rótulo que son los signos encargados de hacer el papel de señales de tránsito, de líneas fronterizas, de un meta-lenguaje en la masa del texto: pues prácticamente nada hay en su estructura misma que permita enlazar, en una relación existencialmente lógica y progresiva, la infancia con la adolescencia y con la adultez; no hay un paso necesario y razonado entre las diversas etapas de la vida; han desaparecido las coyunturas, los conectivos, las explicaciones.

Delicias del nihilista: muerte del concepto de cohesión en la medida que éste no significa más que una angustia latente, una imposición de límites artificiales sobre una actividad en sí misma infinita e informe como lo es el habla. Ésta como absoluto; como esa arbitrariedad vacía, hueca, que constituye el verdadero y único sustento del universo específicamente humano, del *antropos*. En una palabra, oralidad.

No me queda más que decir. Publicado por Monte Ávila en su colección Documentos, *Tío Veneno. Crónica de un curioso de El Pedregal* es precisamente eso, un documento: su objetivo no es defender una cierta visión del proceso de urbanización del este de Caracas, sino más bien poner a la disposición de los estudiosos un material de altísimo valor y utilidad para la comprensión de la historia de la ciudad y de la dialéctica entre cambio y resistencia en la mentalidad de sus habitantes.

#### REFERENCIAS BIBLIOGRÁFICAS

Lotman, Jurij M. y Escuela de Tartu (Lozano, Jorge, Int. y selec). (1979). *Semiótica de la Cultura*. Madrid: Cátedra.